

## Puerto Rico

### TERRORISMO CONTRA "CLARIDAD"

Un nuevo episodio en la lucha de Puerto Rico por la independencia: un atentado terrorista contra el periódico «Claridad», órgano del movimiento pro independencia, cuyo secretario general es Juan Mari Bras. Dos bombas incendiarias hicieron explosión dentro del edificio de «Claridad» y causaron daños por valor de 25.000 dólares. El director del periódico, Norman Pietri, ha dado una conferencia de prensa explicando que el acto es puramente político: «No tenemos otros enemigos que los políticos, puesto que

no tenemos competidores, porque toda la prensa del país está en manos de los norteamericanos». Las campañas de «Claridad» en los últimos tiempos se referían a la abolición del servicio militar obligatorio —los portorriqueños están incluidos en el servicio militar de los Estados Unidos, y muchos de ellos son llevados a combatir al Vietnam—, la lucha contra la venta de las emisoras de radio al gobierno norteamericano y denuncias de corrupción en la administración pública.

### PASAPORTES PARA EL INFIERNO

Durante más de veinte años, el «telón de acero» fue, desde la óptica media española, el muro de un inmenso infierno. El anticomunismo consiguió suplantarse la lucha política por una especie de discriminación biológica —¿no reflejan, todavía, los partes de guerra del Vietnam un criterio higiénico cada vez que anuncian «operaciones de limpieza» o aniquilación de guerrillas comunistas?—, viniendo a ser el «telón» la línea que nos separaba a nosotros, los seres normales y sanos, de los otros, los enfermos y esclavizados. El muro berlinés y la historia de los que murieron por querer burlar a la policía fronteriza —tema sabidamente explotado por la propa-

ganda norteamericana—, contribuía decisivamente a imaginar todo el «telón de acero» como una especie de gran alambrada que separa el Mundo Libre del Terror Rojo.

Como cabía imaginar, aunque España renunció a seguir un campeonato la primera vez que le tocó a su equipo de fútbol jugar un doble partido contra la selección de la U. R. S. S. —si no recuerdo mal, se propuso el partido único en cualquier país occidental—, fue el deporte el que primero cruzó el terrible «telón». Luego, poco a poco, se fue aceptando el que ciertos seres privilegiados, probados los fines del viaje y provistos de un pasaporte especial, pudiese viajar a los paí-



La plaza Sebestyén, de Budapest.

### Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

### GATO ENCERRADO

*¡Cuidado con la maxifalda! Este grito de alarma ha sido lanzado por la Policía de Minneapolis, Estado de Minnesota, USA. ¿Qué pasa con la maxifalda?, se preguntarán nuestras lectoras un tantillo escamadas. ¿Es que una no va a poder vestirse ni con mini, ni con maxi, ni de ninguna manera? ¿Por qué los celosos guardadores del orden tienen que poner pegajos siempre? Para algunos de estos severos vigías la minifalda era inmoral. ¿Qué pasa ahora con la maxi? ¿La maxi también?*

*También. Es decir, inmoral, pero de otra manera. La maxifalda, por lo visto, favorece los robos y el tráfico ilegal de mercancías. Se ha caldo en la cuenta, de repente —y los chicos de Minnesota han sido los primeros—, que debajo de la maxifalda una mujer puede esconder mucho tomate. Desde el tomate propiamente dicho (y hurtado en un supermercado) hasta un cargamento regular de marihuana, pasando por algún que otro cofrecito de joyas. Es curioso que a mí no me hayan asaltado estas sospechas cuando vi este invierno en París la primera maxifalda. Creo que era, en realidad, un maxiabrigo, un enorme trasto que le llegaba a la portadora hasta los pies, circunstancia que casi impedía andar a la desventurada señora. Poco al tanto de estas cuestiones de la moda, mi primera reacción fue acercarme a ella con gesto compasivo y darle cincuenta céntimos. Luego resultó que vestía en Christian Dior.*

*Reconozco que la desconfianza de los policías de Minnesota está más justificada que mi compasión. Una mujer, en efecto, es un sujeto que siempre ha infundido muchísimas sospechas. En los tiempos del fru-fru y del pistoletazo romántico las hermosas no vacilaban en utilizar los más recónditos lugares de su anatomía para esconder secretas misivas y algún que otro puñalito de Damasco. En la liga de la Mata-Hari palpitaba el destino de grandes personajes y personajesillos de la guerra del calor.*

*Poco a poco, la mujer fue eliminando o acortando trapitos, revelando así su intramundo secreto. La minifalda puso fin al misterio de la liga traicionera. Pero antes había inventado el bolso, el enigmático bolso negro, de dimensiones inquietantes, a todas luces exageradas para llevar una barra de labios y un espejito. Estaba claro que allí había gato encerrado. Pero jamás mano de varón —ni siquiera de policía de Minnesota— osó aventurarse en el pozo de misterios insondables que es un bolso de mujer.*

*Ahora ya no le basta la liga, el corpiño y el bolso para intrigarnos. Ahora se viste hasta los pies... y vaya usted a saber lo que hay debajo. La minifalda era femenina por lo que enseñaba y por lo que dejaba adivinar. La maxifalda es aún más femenina, porque, sin enseñar absolutamente nada, permite imaginarlo todo, hasta el tenebroso mundo de la mafia escondido bajo sus pliegues.*

ses socialistas. La excitación que producían las primeras películas soviéticas —recuerdo que en un cine de París proyectaban algo así como un «Viaje por la U. R. S. S.» en cine-rama, al que iban todos los españoles que llegaban a la capital francesa con la emoción que da lo prohibido—, el sentimiento automático de clandestinidad que provocaba cualquier contacto con las manifestaciones del mundo del Este, fue disminuyendo poco a poco. En un Festival Cinematográfico de San Sebastián, ojos que se han de comer la tierra vieron un día la bandera roja, con la hoz y el martillo, y a la correspondiente delegación de actores soviéticos, presididos nada menos que por Cherkasov, el mayor artista del Pueblo, y, según anunció

temblorosamente Mario Cabré, Premio Lenin o Stalin, que, para el caso, es lo mismo.

Los contactos fueron aumentando, y el hombre medio fue advirtiendo, no sin cierto estupor, que las gentes del Este no eran como las pintaban las películas norteamericanas y alguna que otra obra teatral española. Un partido de fútbol España-U. R. S. S., celebrado en Madrid, con el Campeonato de Europa en juego y el consiguiente protocolo informativo, mostró públicamente que se había exagerado bastante y que los rusos eran, biológicamente hablando, más o menos como nosotros. El prestigio mítico del «telón» sufrió un rudo golpe.

La invasión de Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varso-